

En la Playa

¡VAYA UN LEGIONARIO!

Gustando las caricias del atardecer paseaba yo a la vera del mar, algo distante de la Luneta, y libre de su vida bulliciosa; cuando cerca ya del término de mi paseo, he visto a una anciana, sentada no lejos de la playa.

He llegado hasta ella. Al mirarme, he notado que sus ojos estaban velados por la tristeza; y en su actitud de pacífica resignación he querido adivinar que la buena anciana, sola y triste, más que recrearse con las bellezas de la tarde, buscaba el dulce consuelo que las almas atribuladas suelen encontrar en el silencio de la soledad.

No le ha sorprendido mi presencia. Nos hemos saludado naturalmente, como dos amigos que ya se conocen; como si mutuamente nos hubiésemos citado para pasar juntos la tarde en aquel lugar.

He hablado del tiempo, de la brisa, de la calma y sosiego de la soledad... Ella ha contestado con palabras breves, concisas que daban a entender lo poco o nada que le interesaba la conversación. Pero en sus breves contestaciones he visto reflejada la misma tristeza que ya había advertido en su rostro.

Estimulado por la curiosidad, y resuelto a saber cuál era la pena que se ocultaba tras el velo de sus ojos tristes, he abordado el tema de su presencia en aquel lugar, diciéndole:

—Me parece demasiado largo este paseo para usted. Desde la Luneta hay bastante distancia; y a su edad... Porque es de suponer que habrá llegado a pie hasta aquí.

—Sí, señor; a pie,—me contesta.—Y al volver, también voy a pie. No es mucho paseo, nó. Ya estoy acostumbrada. Casi todos los días hago lo mismo; aunque hoy me he alejado más que otras veces. Antes salía siempre con mi nietecita; pero ahora, la pobre...

—¿Está enferma?

—No, señor. ¡Si da gusto verla, de buena que está! Ocho años tiene, y cualquiera diría que tiene quince. No hay niña como ella; todos lo dicen y tienen razón. Nunca ha estado enfer-

ma. Si la viese usted, se quedaría encantado. Pero, como le he dicho antes, la pobre...

—Sí, ya comprendo. Lo de todas las niñas. En casa, colgaditas del cuello de la abuelita, recibiendo mimos, besos y regalitos. Después... nada; si te he visto no me acuerdo. A correr y jugar con las demás de su edad...

—No, señor—interrumpe la anciana con viveza.—Mi nieta no se separa de mí. No sabe usted lo mucho que me quiere. ¡Cómo que dice su madre que la niña me quiere más a mí que a ella!... Dejarme por ir a jugar? Nunca; no, señor... Mire usted: todas las tardes hacíamos lo mismo. De casa a la iglesia; rezábamos un rato, y derechas aquí; solitas las dos. ¡Si la hubiera usted visto cómo se divertía cogiendo flores y conchas...! Pero siempre juntas, porque no sabe estar sin su abuelita... ¡Cómo se queda llorando todas las tardes, cuando me vé salir!... Lo que hay es que su padre... Dios lo perdone.

—¿De modo que su padre le prohíbe salir con usted?

—Su padre, sí señor, su mismo padre, o sea mi yerno. Y aquí me tiene usted sola sin mi nieta, que es toda mi alegría. Los médicos me recomiendan pasear todas las tardes, porque padecí hace tiempo un ataque de parálisis. Yo ya obedezco, y paseo; pero como salgo sin ella... no sé, todo me parece triste, y el paseo no me alegra nada... ¡Pobre hija mía! ¿qué te ha hecho tu abuelita, para que tu padre...?

Calla la anciana, dejando correr las lágrimas que acuden a sus ojos. Respetando su dolor y compadecido de su llanto, yo también guardo silencio. Sólo la presencia y besos de la nieta podrían consolar a la pobre y afligida mujer... Después de un rato, y viéndola más tranquila, le pregunto:

—¿Y por qué ese padre prohíbe a su hija que salga con usted?

—Ya vé usted lo que son las cosas: ¡por una misa!

—¡Cómo, por una misa! No comprendo.

—Pues así es; sí, señor: por una

misa. Verá usted. La víspera de Difuntos, después de cenar, dije yo a mi nieta: Hija mía, mañana a oír misa por las almas de tus abuelitos.

¡Dios mío, cómo se puso él al oírme! No quisiera acordarme de la noche que nos hizo pasar a mi hija, a mi nieta y a mí. ¡Jesús, qué noche de Difuntos!... Se levantó todo enfadado, y encarándose con la pobre criatura, le dijo con un tono y unos ojos que daban miedo: Mira; ya has concluido de ir con tu abuela a la iglesia, a todas esas tonterías de misas y confesiones. Si quiere ir ella, que se vaya sola. No quiero que se engañe a mi hija con esas beaterías.

¡Dios mío, las cosas que echó por su lengua! No se podrá usted figurar. Yo quise contestarle, pero al verlo tan enfurecido no me atreví; porque hubiera sido peor. Mi hija, acostumbrada ya a sufrir y a callar, tampoco abrió su boca. Y la pobre nieta no hacía más que llorar.

Estábamos las tres asustadas; porque aunque hacía poco tiempo que hablaba como burlándose de eso que él llama fanatismo, nunca se había puesto así. Pero, aquella noche... ¡Jesus, qué cosas dijo contra la Iglesia! Dios se lo perdone todo.

Pues bien: a la mañana siguiente me levanté para ir a oír misa por las almas, sola, sin llamar a mi pobre nieta. Pero ella que me vió, se me agarró llorando, diciendo que quería ir a la iglesia, a rezar por sus abuelitos. ¡Hija de mi alma, cómo lloraba; y qué rato nos hizo pasar a su madre y a mí! ¡No sé cómo tuvo alma su padre para no dejar a ese ángel de Dios ir a la iglesia!

Yo no sabía qué hacer. La abracé, y me la comí a besos, llorando también; pero le dije que no viniese, y que ya rezaríamos en casa después. Como si nó. Ella se empeñaba; y ya me decía yo a no ir a misa, cuando sale su padre, coge del brazo a la pobre criatura, y se la lleva al cuarto. ¡Nieta de mi alma, cómo lloraba!

¡Ya vé usted qué noche y qué día de Difuntos nos hizo pasar! Y todo por una misa; y por las pobres al-

mas!...

—Pero bien: ¿por qué ese empeño del padre en prohibir que su hija vaya a la iglesia? Ha dicho usted que desde hace poco tiempo se burla de esas cosas; lo cual quiere decir que antes no se burlaba.

—No, señor. ¡Qué se iba a burlar! Si él era el primero en ir a misa. Pero, no sé; desde que entró en esa sociedad... no recuerdo el nombre... no sé qué, del trabajo.

—Legionarios del trabajo.

—Eso es, sí Señor: Legionarios. Vinieron un día dos hombres bien vestidos, que según dijeron las vecinas, eran de esos que se mueven mucho en la elecciones. Hablaron un rato con mi yer-

no a solas, y se hizo Legionario. Yo no sé las cosas y cuentos que le debieron meter en la cabeza, pero desde entonces ha cambiado tanto que no es el mismo de antes. ¡Señor, qué cambio tan desgraciado para la familia; y cuántas lágrimas nos está costando!

Desde el día de Difuntos salgo sola; porque como veía que mi pobre nieta llevaba un reniego de su padre, cada vez que la veía salir conmigo; por amor a la inocente criatura, me determiné a pasear sola. Cuando él esta fuera, tenemos que rezar algo; pues delante de él, imposible. Y así estamos. No sé para qué vinieron aquellos hombres o casa. ¡La paz que reinaba entre todos antes; y ahora...! Como sean así todos los Legionarios;

¡pobres familias católicas!...

Calla la anciana, cuando ya se cierran las primeras sombras. Juntos hemos regresado, llegando a la Luneta, ya de noche. Apenas si hemos hablado en el camino. Una misma idea y un mismo pesar se habían apoderado de nosotros. ¡La desgracia de la familia de ese Legionario! Que Dios lo ilumine, y vuelva a renacer en esa casa la paz, y con la paz la felicidad.

Nos hemos despedido; pero quizá nos veamos pronto en el mismo lugar; pues la pobre anciana busca el consuelo de la soledad en el mismo rincón de la playa, que yo elijo para mis paseos favoritos.

EL SOLITARIO.

LA FAMILIA

No hay dicha comparable a los encantos,
Donde el padre y la madre son como hermanos;
Esta familia
Es un bello trasunto
De eterna dicha.

El padre es el *factotum*,
Director, Jefe,
Emperador, Maestro
Y Presidente;
Y en su República,
Orden, riqueza, dicha
Y paz abundan.
Aquí todos son *socios*
Que al bien conspiran,
Y todos contribuyen
Con su cuota.
El egoísmo
Está aquí desterrado,
Desconocido.

El capital aporta
El padre solo,
Que según sus riquezas,
Es mucho o poco.
Mas lo que importa
Es que cubre los gastos
Y no se agota.

La esposa diligente
Da su cariño,
Y ella, que es *tesorera*,
Lleva los libros.
Y en las *sesiones*
Da cuenta de los gastos

Con pormenores.
Los hijos dan su bulla
Y su algazara
Y alegran noche y día
 Toda la casa;
Con su obediencia
Facilitan la marcha
De cada *empresa*.

¡Si viérais nuestras *Cortes*,
Al proponerse
Los asuntos domésticos
Sobre el tapete!
¡Con qué destreza.
Nemine discrepante,
Todo se arregla!

Mañana el abuelito
Celebra el Santo,
¡Habrà fiesta con versos,
Banquete y canto?...
¡Que sí!... y preparan,
Se celebra la fiesta,
Y ¡santas Pascuas!

¡Que otro día, de un niño
Es cumpleaños?...
Pues sin clase... y merienda
Y un traje majo;
Y sus hermanos,
Que al campo le acompañan,
Queda aprobado.

¡Se dará bicicleta
A Periquillo?...
Ni por pienso, responden,
Porque es muy pillo.

Quando mejore
De conducta en la escuela,
Que se la copren.
Y viene el mes florido
Del lindo Mayo,
Y nuestro hogar recrean
Flores y cantos.
Viejos y jóvenes
A la Virgen rendimos
Nuestros amores.

Tenemos el Decálogo
Por *Reglamento*,
Y un dividendo enorme:
Pan y contento.
¡Vaya una lástima,
Que se busque la dicha
Fuera de casa!...

Quezás en los casinos
Hay más boato,
Patronas, carambolas,
Juego y sarao.
Mas ¡qué derroche
Con que salen pelados
Ricos y pobres!...

Pura y cristiana!
¡Felices los hogares
¡Dichosa la familia
Que a Jesús aman!
¡Imagen bella
De la Santa Familia
De Galilea!

P. DE ISLA.

Suscríbese a ESTUDIO